

Discurso CXI”, *Plaza universal de todas ciencias y artes*, y Juan Caramuel y Lobkowitz, *Sintagma de arte typographica*.

Este trabajo es, en suma, una valiosísima aportación al esclarecimiento de los métodos de producción impresa y su repercusión en nuestros textos áureos. Concebido con el propósito de llenar el profundo vacío existente y sentar las bases para próximos estudios, abre el camino, como es su propósito, para la tarea de recolectar los frutos —esperemos que no tardíos— de una bibliografía textual en español. [IGNACIO GARCÍA AGUILAR].

RODRÍGUEZ, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada: Comares, 2002, 656 págs.

Cuando en 1979 Juan Carlos Rodríguez publica en Akal *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas* su texto aparece como una radical novedad en el yerto y repetitivo panorama de la crítica literaria y académica española, en especial la relativa a los llamados “Siglos de Oro”, atrapada de forma más o menos inconsciente por el superticioso y reverencial respeto que imponía esta denominación. Una España cerrada durante décadas a casi todas las novedades aparecidas en el plano teórico en el pensamiento occidental, lo era especialmente a las líneas de pensamiento de orientación marxista. Algunos años después, con la evolución política y la relativa apertura de la Universidad, se produciría una cierta permeabilización, traducida, por ejemplo, en la superación del concepto immanentista del texto y en la incorporación a su análisis de la atención a las condiciones objetivas de producción, comenzando por aspectos ya tradicionales en la filología o el positivismo, como la producción material de los textos, su transmisión o su recepción. No se desarrolló, sin embargo, una reflexión profunda sobre el otro elemento de la tríada marxista, el de la superestructura, esto es, el de la ideología o, por acercarnos a la terminología de nuestro autor, del “inconsciente ideológico”. Prácticamente sólo Juan Carlos Rodríguez, tras algunos momentos de silencio y con algunas aportaciones de sus discípulos granadinos (especialmente, Luis García Montero y Álvaro Salvador; también Antonio Jiménez Millán y Fernando García Lara, entre otros), ha desarrollado las fecundas semillas que ya se encontraban en la obra de 1979, convenientemente revisada años después (Madrid: Akal, 1990) y vuelta a releer para su reciente traducción al inglés en una universidad norteamericana. Desde aquel momento y ya con bastante regularidad a lo largo de la década de los 90 una serie de entregas editoriales han venido desplegando, de forma más o menos sistemática, el análisis de la producción literaria española y su encuadre en las corrientes europeas, desde posiciones teóricas que se han ido afinando, pero desde la fidelidad a los planteamientos iniciales.

En su raíz sitúa Juan Carlos Rodríguez el pensamiento marxista y las aportaciones de Freud, a través de la síntesis realizada en el París cercano a la primavera del 68 por Louis Althusser en sus seminarios, donde confluían ecos tan dispares como los ya mencionados o la antropología estructuralista. Desde estas posiciones básicas, que el autor explicita y pormenoriza con frecuencia en sus obras, emprende la revisión crítica de

los que pueden considerarse los pliegues básicos en la historia de nuestras letras, entendidas éstas en una concepción amplia. A las obras canónicas del esplendor áureo, diseccionadas en su primer libro, suma años después el análisis de su reverso en el germen de la narrativa realista en los siglos XVI y XVII (*La literatura del pobre*, Granada: Comares, 1994; y 2001), la lógica de la Ilustración y el albor de la otra modernidad (*Moratín o el Arte nuevo de hacer Teatro*, Granada: Caja General, 1991), y, de manera más insistente, la consolidación y fractura del paradigma moderno, con la canonización de la literatura como institución (*La norma literaria*, reeditada en Madrid: Debate, 2001) y su cénit en el ciclo de las vanguardias (*La poesía. La música y el silencio. De Mallarmé a Wittgenstein*, Sevilla: Renacimiento, 1994), que inicia en el XIX el simbolismo y culmina en España la obra de Federico (*Lorca y el sentido*, Madrid: Akal, 1994). En medio queda la anunciada “literatura en las sociedades sacralizadas” y el recientemente aparecido volumen, en el que se reúnen aproximaciones teóricas y críticas a la producción del siglo XX, incluyendo de manera particular aproximaciones a lo que llama la “bisagra” con la centuria anterior.

Los textos de los dos primeros bloques, el de “Introducción” y el de “Teoría”, específicamente en el que adapta el prólogo preparado para la traducción americana del libro inaugural, son una mirada a las propias premisas y perspectivas teóricas y metodológicas, a partir de la frase fundacional que abría *Teoría e historia...*: “la literatura no ha existido siempre”, para indagar en los mecanismos y procesos que dieron lugar a su conformación, centrándolos en las condiciones de producción y en la ideología resultante, para poder esclarecer así, en su raíz, “de qué hablamos cuando hablamos de literatura”. En lugar de detenerse en los mecanicismos derivados de una excesiva atención a las estructuras productivas, J.C. Rodríguez busca directamente las raíces ideológicas, en un terreno en el que se borran las fronteras entre el inconsciente y los sistemas filosóficos expresos, ya que, como él mismo afirma, la filosofía se presenta como la plasmación de la ideología burguesa, la que ha venido marcando la producción cultural desde el “fin de siglo” por antonomasia. Con ello podemos seguir el desplazamiento desde “las primeras literaturas burguesas” a sus manifestaciones más plenas, a través del pensamiento de Kant, Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger, constantemente incorporados al análisis de textos y autores esenciales en el siglo XX hispánico, como Ganivet, los naturalistas, Valle Inclán, la novela histórica, Borges, Darío, Manuel y Antonio Machado, Lorca y algunos de los autores del 27, además de revisar “el nacimiento del teatro moderno”. En cada una de las páginas dedicadas a ellos se insiste en el peso del “horizonte positivista” y el “fenomenológico” (conformados por los pensadores citados) y en la tensión entre la corriente cientifista y la bohemia y sus herederos vanguardistas.

En su conjunto y cada una de ellas, estas lecturas ratifican la potencialidad de las ideas matrices de todo este discurso crítico, que pueden sintetizarse en postulados claros y distintos, precisos como fórmulas científicas: la literatura no ha existido siempre; su nacimiento y su desarrollo se producen a partir del inconsciente ideológico conformado a

partir de las condiciones objetivas de producción y explotación; la obra literaria, por tanto, se define por su radical historicidad, ajena a esencialismos y valores supuestamente eternos; su única base es la objetividad del texto, invirtiendo el postulado burgués de que en él se expresa el sujeto, para señalar que es el texto el que se expresa a sí mismo y genera la imagen de su autor; ello sitúa la definición y “construcción” del sujeto en el centro de todos los debates y problemáticas articuladoras de la historia literaria del último siglo y, en general, de la modernidad; son falsos, pues, todos los idealismos productores de nociones como “expresividad”, “lenguaje poético” y otras formulaciones de una idea del valor universal e inmanente de las obras; enfrente hay que operativizar conceptos como el de “discurso”, “valor” (en la distinción marxista de valor de uso y valor de cambio), “mercancía” e “ideología”; así es posible dilucidar de manera radical (esto es, en su raíz) la “lógica interna” de los textos y del horizonte en que se inscriben y que es el que determina su sentido, si es que éste es posible en un mundo como el que ha visto surgir todos los textos comentados y que aún nos toca vivir.

Valga para cerrar estas notas una vuelta a la dualidad final del párrafo anterior, en cuyos límites se sitúa la postura crítica (en todos los sentidos, y no sólo literario) del discurso de Juan Carlos Rodríguez. En su base late la conciencia de la escisión establecida entre literatura y vida, pero también la lúcida convicción de la esterilidad de algunos de los intentos de suturar la brecha, una imposibilidad nacida justamente de las limitaciones del horizonte ideológico burgués, productor de la fractura entre lo público y lo privado y, con Kant, de la razón práctica y la gratuidad estética. Por ello es necesario ubicar el punto de mira en un territorio al margen, en una lógica distinta desde la que (re)leer los textos y (re)leernos a nosotros mismos y a nuestra historia, es decir, a nuestro presente. Las páginas de este volumen parten y plantean una posición donde se rehúyen por igual los fetichismos de la aceptación y de la impugnación (véase, por ejemplo, la lectura de Borges, entre la distancia ideológica y el aprecio estético); su objetivo es construir una mirada crítica susceptible de posibilitar un diálogo (una dialéctica) donde participen con todos sus valores la identidad y la diferencia y donde la distancia lo, sea al modo brechtiano, como una forma de compromiso, pero de un compromiso inseparablemente estético y social, tan necesario en estos tiempos de confusa indiscriminación. [PEDRO RUIZ PÉREZ].

SÁNCHEZ, Manuel Diego, *San Juan de la Cruz. Bibliografía sistemática*, Madrid: editorial de espiritualidad, 2000, 734 págs.

Hay obras necesarias. Una de ellas es esta bibliografía sanjuanista recopilada por el carmelita descalzo Manuel Diego Sánchez. Más de 20 años de ardua labor investigadora y recopilatoria, pero el fruto es sobresaliente. El siglo XX, al calor de centenarios y efemérides sanjuanistas, ha contribuido de forma notable a la edición del texto sanjuanista y no menos a la hermenéutica del mismo. Todo lo cual ha producido una “desmesura” bibliográfica de grandes proporciones, difícil de controlar y valorar, o, como ya afirmó en su día la profesora de Literatura de la Universidad de Salamanca María Jesús Mancho, una